

» desde nuestra última vista. Abrazad en mi nombre á vuestros  
» hijos, y esperadme á lo mas dentro de diez dias. —*Lonchamps.* »

Es indecible la alegría que causó á nuestros jóvenes amigos la lectura de esta carta. Mucho les habia entretenido la historia del hombre invisible, que se ha leido anteriormente en esta obra, y sentian infinito no saber su conclusion. Ahora se les prometia, y se habia excitado mas su curiosidad. Vamos pues á esperar con ellos la vuelta de Mr. de Lonchamps, que no tardará mucho; y entre tanto oigamos una sesion que tuvieron los muchachos acerca de un objeto muy importante, que nos interesará tanto como á ellos.

## TARDE XLIX

---

### LAS CONFIANZAS.

Tu secreto reservar  
De todo el mundo procura,  
Mas advierte que es locura  
Tratárselo de ocultar  
Á aquel que te puede dar  
Saludables instrucciones :  
Para escuchar sus lecciones  
Depositado en su pecho,  
Reconociendo el derecho  
De dirigir tus acciones.

Á la mañana siguiente, Armando, dándose la importancia de hermano mayor, llamó á Benito, Leon y Julio á su cuarto, y cuando todos cuatro estuvieron juntos les dijo : Deseo tomar vuestro parecer, mis queridos hermanos, en un asunto sumamente importante. La historia de Mr. Lúcas me ha hecho reflexionar que tanto en ella como en otras muchas que nos han referido, se encuentran amantes que se casan sin noticia de sus padres; padres y madres que no conociendo las inclinaciones de sus hijos han tratado de sacrificarlos á la ambicion ó al interes; de todo lo cual se han originado eternos pesares, disgustos sin fin y á veces desgracias irreparables : en todos estos sucesos ha tenido no poca parte el orgullo, la obstinacion, la desconfianza, y por consiguiente la falta de franqueza y sumision de los hijos para con sus padres.

¿Y si llegara á sucedernos á nosotros lo mismo?... Somos amantes y nuestro padre lo ignora : ¿quién sabe lo que tendrá pensado acerca de nosotros, y si nuestras respectivas inclinaciones llegarán á contrariar sus intenciones particulares?... Si sucediera así, si llegásemos á saber sus miras opuestas á nuestro amor, cuando ya este hubiera tomado incremento en nuestro corazón, ¿quién sabe adónde pudiera conducirnos nuestra pasión? ¿Cuál sería nuestro dolor si contrariásemos sus proyectos, dirigidos todos á nuestro bien?

Así pues, opino que debemos francamente confiarle el estado de nuestros corazones. Yo amo á Enriqueta; Julio á Adela; Leon, si no me engaño, suspira por Rosalía. Subamos pues nosotros, sin que ellas lo sepan, al cuarto de nuestro padre, hablémosle con toda franqueza y sepamos su parecer. Benito no es aun sensible al amor, pero esto no le hace para que nos acompañe; de ese modo los consejos que nosotros recibamos, quizá le sean tambien de gran provecho.

Muy bien pensado, dijo Leon : adopto el pensamiento, pues por este medio seremos enteramente felices, ó precaveremos infinitas desgracias. Estoy pronto á hacer una sincera confesion de mi amor á Rosalía, pues aunque no la he visto mas de una vez, creo que la amaré eternamente.

Yo tengo mas miedo que vosotros, dijo el enamorado Julio; tengo motivos para temer la justa severidad de vuestros padres, pues siendo un miserable huérfano, que carezco de todo, me he atrevido á amar á la hija de mi bienhechor. Os aseguro que tiemblo de hacer esta confesion, que puede privarme de la ternura y bondades del hombre mas generoso. Sin embargo, si le dejo ignorar mis sentimientos, abuso de su confianza y del derecho de la hospitalidad; y si reprueba mi pasión, necesariamente habré de incurrir en su indignacion. Pero á pesar de mis temores, admito la propuesta de Armando, aunque nunca me atreveré á hablar, ni á sufrir las miradas del virtuoso Palemon si advierto en ellas alguna severidad. Temo.... algo le he dado á entender de mi ternura en cierta ocasion.... mas no importa....

Yo hablaré por todos, dijo Benito; soy neutral, pues no tengo pasión alguna, ni suspiro como vosotros; de consiguiente, acepto el encargo de orador que me encomendáis. Apruebo vuestro designio, y tengo por seguro el buen éxito: conque no hay sino manos á la obra, y como dice el refran, el mal camino andar lo pronto. No dejemos enfriar la intencion: vamos en seguida á po-

nerla en práctica. Vamos, respondieron todos, y subieron á la estancia de Palemon. El anciano, viendo presentársele esta diputacion, quedó como parado, mirándolos con cierta inquietud y seriedad que llenó de recelo á los tres amantes; temblaban sus rodillas; sus corazones latian apresuradamente, y se arrepentian de su determinacion. Pero no habia medio de volver atras; y á mas de esto, el orador Benito estaba determinado á divulgar el secreto cumpliendo su comision. ¿Qué es, dijo Palemon á sus hijos, lo que me proporciona la satisfaccion de veros reunidos en mi cuarto? — Yo os lo diré, respondió Benito. Me hallo encargado por mis hermanos de mirar por sus intereses; y debo cumplir la promesa que les he hecho de ser su abogado en vuestro tribunal. — ¿Qué es eso de abogado? ¿pues qué tienen que pedirme? Vamos, vamos, sentaos; y vos, señor abogado, exponed lo que gustéis.

Los muchachos se sentaron, y Benito, en pié, habló de esta suerte: Hay, padre mio, cierta edad en que el hombre, saliendo de la infancia, se arroja con ardor á las pasiones y placeres comunes á todos los hombres y en todo tiempo. Semejante á la flor, que desplegando el capullo que la encierra se desarrolla, y por entre las hermosas hojas deja ver el gérmen que debe convertirla en grano productor, el hombre se desembaraza de las fajas de la infancia, crece, se fortifica, y en fin, llega á ser un padre de familia. Mas para que sea virtuoso y estimable, es preciso que tome el dictámen de sus superiores, que sea dócil á sus lecciones, que les manifieste sus mas secretos pensamientos, y que arregle su conducta conforme á la voluntad de aquellos. La flor no llega á ser hermosa sin el auxilio del jardinero; y los hijos no adquieren virtudes sino con el socorro de la educacion que reciben de sus padres. En fin.... el hombre.... la flor.... son.... son....

Deja tu hombre y tu flor, interrumpió Palemon sonriéndose, no te andes con frases estudiadas, y vamos al caso. Benito, algo turbado, continuó así: Cuando se posee un padre tan bueno y respetable como el que tenemos nosotros, no le debemos ocultar nada de lo que sentimos, para que arregle nuestros afectos acerca del estado que quiera darnos algun dia. Esto es lo que empeña á mis hermanos á confesaros, por mi voz, el amor que inflama á los tres respecto de unos objetos, dignos al parecer de toda su aficion. Esta podrá haberlos deslumbrado; pero buscan en vos su desengaño, y dejarán de amar si os opusiereis á su naciente afecto. — ¡Hola! ¡hola! ¿conque me venís á hablar de vuestros

amores? Tempranito es, amigos míos: todavía sois muy muchachos; pero con todo, examinemos el asunto: ¿conque los tres estáis enamorados, no es esto? quiero decir que Leon, Armando y Julio son los tres amantes; ¿y no sabremos quiénes son las señoras? — Padre mio... — Calla, Benito; déjame preguntar separadamente á nuestros amantes. Acércate, Armando; dime francamente: ¿á quién amas? Armando temblando respondió: amo á Enriqueta, porque me parece que es muy digna de inflamar un corazón amigo de la inocencia, del candor y de la virtud. — Yo lo creo; pero ya sabes que Enriqueta es pobre: ¿cómo la has de mantener? — Yo espero, ayudado de vuestros consejos, establecerme de modo que pueda cumplir con mis obligaciones. — ¿Y en qué clase? — Me parece que varias veces me habéis dicho, que una cátedra de matemáticas sería lo que mas me conviniese. — Pero es menester obtenerla, y aun no tienes los años que se requieren para solicitarla. — Pero si con el tiempo tengo la felicidad de alcanzarla ¿aprobaréis entónces que Enriqueta sea mi esposa? — No has hecho mas que adivinar mi deseo: mi mayor gusto será verte unido con Enriqueta, si ella consiente. — *Sí, señor, sí, señor.* — ¡Bravísimo! ¿conque consiente, eh? Pues bien, si os amáis, tened esperanza; pero, hijo mio, cuidado que entre tanto el amor no te haga olvidar tus estudios; aplícate mucho, y veremos. Vamos á otro: llégate, mi amado Julio, háblame sin timidez; dime, quién es la persona que ha podido enamorar un corazón tan tierno como el tuyo? ¿titubeas? ¿no sabes el cariño que te profeso, y que justamente mereces por tu amable carácter?

Julio estaba confuso, y no se atrevía á hablar. Palemon lo conoció, y estimó mas por esto al muchacho, á quien dijo: ¿no quieres confiarme tu secreto? ¿será preciso que yo le adivine, y te diga que Adela puede ser la que has elegido? — ¡Ah padre mio! sin duda vais á castigarme por temerario. — ¿Castigarte, amigo mio? de esta manera (y le dió un abrazo). Sé siempre bueno, confiado, honrado y sensible, y alcanzarás la posesion de Adela; pero no será mañana, como desde luego lo puedes considerar. Trabaja, sé laborioso, adquiere con la edad conocimientos en la agricultura, y algun dia sabrás mis pensamientos en orden á ti y á mi hija, que será tu esposa. — ¡Qué exceso de bondad! ¡de cuán enorme peso me hallo libre! — Ese es el premio de tu franqueza y modestia. Siéntate junto á tu hermano Armando, y dad por bien hecho el haber consultado á vuestro padre, que nunca querrá sino que seáis muy dichosos. Vaya, señor Leon, á usted le to-

ca el turno; sepamos cual es la musa que ha podido enternecer á nuestro Anacreonte; á nadie veo por aquí, y me parece que Marcela no será tu Clori ó tu Fenisa.

Sonrióse Leon, y dijo á su padre: Mi Clori, ó como quisieréis llamarla, no habita en esta casa. Sola una vez la he visto, y juro que la amaré toda mi vida. — ¡Buen jurar es! ¿y podré yo jurar dártela algun dia por esposa? digo algun dia, porque mucho tiene que esperar un amante de quince años. — Bien sé que soy todavía un niño; pero vos me habéis enseñado á pensar, y la razon y la sensibilidad se han adelantado á mi edad. — Ya veo que eres muy precoz: ¿y la señorita?... — La prima de Emiliano. — ¡Hola! ¿la bella Rosalía? no te falta talento para escoger; pero, amigo, en cuanto á esto nada seguro puedo prometerte; yo no soy quien dispone de Rosalía; su suerte depende de sus tios, que son muy ricos, y acaso tendrán ya preparado algun casamiento distinguido para su sobrina. Ni aun estoy seguro de que vuelvas á verla; vive en Paris, y sus tios tal vez no volverán por estas campiñas; yo no estoy para hacer viajes; y tú, sin mí, no puedes ir á Paris sin mas objeto que el de ver á tu querida. Sin embargo, no te desconsueles, pues te prometo hacer todos mis esfuerzos para que dentro de algunos dias tengas una respuesta favorable. Escribiré á Mr. Leclerc, le pintaré tu tierno afecto, y le empeñaré á que averigüe en qué disposicion se halla Rosalía respecto de ti; y si esta te favorece, no dudo que su tio prefiera mi alianza á todas, y entónces veremos; pero han de pasar todavía algunos años, y el tiempo altera mucho las resoluciones. Espera entre tanto, y cree que tu padre no lleva á mal el que hayas puesto tu corazón en una joven que lo merece, así por sus gracias, como por su talento y educacion. Me parece que ya no hay nadie á quien consolar, pues Benito creo que no tiene que hacerme confianza alguna; ¿no es así? — Sí, señor. — ¡Oh! ya sé yo que tú prefieres á todo tus diversiones y juegos, y á la verdad me alegro; y aun desearia que tus hermanos hubieran esperado á que la edad sazonzase su razon para convertirse entónces, y no ántes, en héroes de novela; pero el corazón no entiende de preceptos, y se adelanta á la madurez y al juicio. Sé siempre el mismo, amado Benito; conserva tu indiferencia, pues así te verás en disposicion de poder algun dia elegir mejor que tus hermanos; porque cuando hermosura y riquezas se encuentran reunidas, son preferibles á las gracias solas. ¡Es una terrible carga la que toma sobre sí el hombre que se casa con mujer pobre! Es preciso que desde luego

trabaje para dos, y despues para tres, cinco ó mas, si llega á ser padre de familia. Todo cae sobre él en cuanto á cargos é inquietudes del gobierno de la casa, y sucede con demasiada frecuencia que cuando se han satisfecho los deseos, y desvanecido las primeras impresiones del amor, el hombre se desalienta, se arruina, maltrata á su mujer, y la echa en cara su falta de bienes. Este es un proceder indigno de un hombre honrado; y así espero que nunca le tendrá Armando con Enriqueta, porque todavía está á tiempo; y si la quiere, como dice, debe siempre cuidar de hacerla feliz.

Yo celebro con mucha satisfaccion que me hayáis elegido por vuestro confidente; esto me manifiesta que soy mas amigo vuestro que padre, y ya veis si he correspondido dignamente á vuestra confianza. Sin embargo, no puedo disimularos el que me parece hay mas exaltacion en vuestras cabezas que amor verdadero en vuestros corazones; y temo que esto sea el resultado de las muchas historias que se os han referido de algun tiempo á esta parte. Habéis oido hablar de amor, y estáis persuadidos de que lo sentís. Sois demasiado jóvenes para sentir ya esa pasion, que no se apodera del alma sino cuando la fuerza del cuerpo puede alimentarla. Es preciso ser hombre y estar enteramente formado para entregarse á una pasion de puro entusiasmo y sensibilidad. Sea lo que fuere, lo cierto es que hacéis de amantes como los que mas, quiero creer que lo sois efectivamente; pero en este caso, y cualesquiera que sean las esperanzas que os he dado, os encargo mucha delicadeza, atenciones y honor en vuestra conducta respecto de las jóvenes á quienes amáis. Pensad que su pudor y honestidad son unos tesoros que debéis cuidar con el mayor escrúpulo; y que la probidad y honradez os conservarán unas esposas virtuosas, y unas compañeras apreciables. Os prohibo con todo rigor que sepan nuestra conversacion Adela y Enriqueta, ni que me habéis confiado vuestra mutua inteligencia, y mucho ménos el que yo la he aprobado. Contentaos con alimentar una esperanza que no debéis dar á ellas, por mil razones que vuestra edad y mi carácter me impiden explicar. Guardad secreto, repito, sobre vuestra resolucion; y nada alteréis del respeto y atencion que debéis á dos personas, que por razon de su sexo y juventud debéis amar recatada y silenciosamente. Venid ahora á recibir en los brazos de vuestro padre el premio de la confianza que le habéis hecho, y que es la mas lisonjera recompensa de la buena educacion y cuidados que os he prodigado.

Los cuatro corrieron á abrazar á su padre con la mayor efusion de sus almas; y se retiraron contentisimos de su buen recibimiento, y del partido que habian tomado. ¡ Véase aquí, decian, lo que es un buen padre! él anima á sus hijos, estos desahogan en su generoso corazon sus mas secretos pensamientos, y de esta tierna confianza nace la felicidad de toda una familia.

¡ Excelentes jóvenes! ¡ quiera el cielo que vuestra conducta franca y noble tenga muchos imitadores!

Locos de contento por verse autorizados en sus amores por Palemon, Armando y Julio fueron á coger flores para Enriqueta y Adela, deseando por instantes verlas con cualquiera pretexto. Brillaba en sus ojos la alegría, eran mas galantes, mas tiernos y mas apasionados; pero, fieles á las órdenes de su padre, nada les dijeron de lo tratado, y ellas admitieron la fineza de las flores con la mayor complacencia.

Este dia fué de descanso: hubo paseo y merienda en el campo; no faltó un poco de baile; y en fin, llegada la hora de recogerse, fueron todos á disfrutar de un sueño lleno de agradables imágenes. Todos se hallaban felices; Palemon por tener unos hijos tan dignos de su amor, y estos por tener un padre tan lleno de bondad y de ternura.



VIAGE DE CINCO NIÑOS AMERICANOS